Año VI — BARCELONA 22 DE JULIO DE 1909 — Epoca 3.ª — Número 36

Tierra y Libertad

Número suelto: 5 céntimos | Redacción y Administración: Arco San Pablo, 8, 1.º

Paquete de 30 ejemplares . . . . 1'00 peseta
Suscripción: España un trimestre. 1'00 »
» Extranjero » . 1'50 »

Fin de un régimen

Es innegable que los acontecimientos sociales no son más que la repetición de todos los movimientos del Universo orgánico; hay revoluciones políticas, económicas y sociales, como hay revoluciones en la materia, en las montañas, en los mares; revoluciones geológicas y atmosféricas.

La sociedad actual atraviesa una de esas crisis hondas para las que no hay solución posible, sin una revolución que transforme todo el organismo social, en el orden económico, político, moral y social. La bancarrota está á la vista; la industria, única fuente de vida á la que están supeditadas todas las fuerzas sociales está en ruina, puesto que siendo aquélla un producto del trabajo y habiendo mayor producto que consumo, su vida no puede ser lozana ni á medias.

La evolución del mecanismo lo ha invalido todo, y la mayor parte de las naciones que hasta ayer han servido de mercados, hoy son naciones exportadoras é importadoras que se han puesto en frente de los viejos pueblos industriales creando de esta manera un obstáculo á la sociedad actual.

Esto en el orden económico. En el orden político pasa lo mismo, pues el fracaso del principio de autoridad está á la vista (1). En todas sus manifestaciones ha fracasado: para mantener el orden se creó todo un enjambre de facinerosos y á pesar de todo, el orden fué alterado en todas las épocas; para evitar el crimen y los atentados á la propiedad privada se hicieron cárceles que se han llamado de corrección, y el crimen y la expropiación no se desterraron de la sociedad, porque generalmente, como diría Enrique Murger «la cárcel es el lugar del mundo donde hay más hombres honrados»; no creó la justicia histórica y ésta fracasó en todos los terrenos, puesto, que todo evoluciona menos el criterio de los jueces y como el crimen y todas las anomalías sociales no se evitan por medio de ergástulas, ya que el criminal no es más que un enfermo, contra quien se estrellan todas opresiones y oprobios.

A pesar de emplearse el terror contra los que delinquen, la delincuencia cada día aumenta más y más, porque, no se ha querido atacar sus principales causas. Decían Romagnosi y Tarde en un informe sobre el delito, que, este tenía sus raíces en la falta del alimento, del estómago, del cerebro y del corazón, y que haciendo desaparecer, esta falta, el delito, ya que no desapareciera totalmente, aminoraría mucho, y sólo delinquirían aquellos que no hubieran podido libertarse de la herencia sanguínea, pero aún contra ésta, hay un medio al que apela la pedagogía moderna, dando á la niñez una educación individual, que estudie su estado físico-psicológico y haga el maestro-médico y psicólogo de niños anormales hombres aptos para la lucha por la Vida.

En todos los órdenes, la sociedad vigente está arruinada, la religión corroída por todas las lepras, la policía sin fuerza, la magistratura desacreditada, la política corrompida, en fin todo, todo pide á gritos la *gran revolución*.

Sabemos que para hacer ésta, hace falta revolucionarios, y no obstante tendremos que hacerla, aún, sin revolucionarios, porque así, como en otras épocas, que ya pasaron á la historia, hubo hombres capacitados que supieron precipitar los acontecimientos por medio de la acción constante, hoy son los acontecimientos los que nos obligarán á accionar si no queremos ser aplastados.

La revolución está próxima, más de lo que muchos se creen, acaso la cuestión de Marruecos sea el principal motivo, puesto, que ya, antes de ahora las naciones europeas pretendieron resolver esta cuestión por medio de las armas y que la conferencia de Algeciras aplazó; el plazo está terminado y las armas ya entraron en acción, el clarín ya sonó y también la sangre empapó el terruño. Nosotros no diremos nada en esta emergencia, puesto que deseamos la guerra, pues así como la contienda franco-prusiana produjo la Comuna de París y la guerra ruso-japonesa hizo surgir la Revolución contra la autocracia, así la contienda en que se embarcó el gobierno que padecemos traerá la tan ansiada Revolución social.

Los anarquistas, que son los heraldos del porvenir tienen la misión de precipitar los acontecimientos, luchando en todos los terrenos, preparando al pueblo para el estallido revolucionario, que concluirá con todos los oprobios é implantará la Anarquía.

ANTONIO LOREDO.

(1) De esto pueden dar nota las bombas de Barcelona y los terroristas. Ninguna prueba mejor del autoritarismo.

Realidad y utopía

Son ustedes unos niños que se forjan ilusiones engañosas, son ustedes unos simplistas que no ven la complejidad de la realidad; «la abolición de toda clase de poderes, que proclama el anarquismo, es un absurdo», la realidad es muy otra y hay que atenerse á la realidad...

Estoy de realidad burguesa hasta la coronilla. Se me atragantan estos sabios del montón que repiten un cliché que ya abandonaron sus mismos maestros. Confieso ingenuamente que al ver esta realidad y al oir á los que ensalzan y perpetúan esta realidad me dan náuseas y me entran ganas de ciscarme en la una y en los otros. No será grosero el que aparte la vista de la fealdad social y desprecie la necedad del rebaño, llámese vulgo ó llámese intelectual.

Si estos sabios plimsaul no tuvieren residuos de deismo en el cerebro, verían que *la realidad social es un producto de los hombres* y que los hombres pueden radicalmente transformar esta realidad tantas veces como quieran.

Afortunadamente en estos arenales de la realidad burguesa que sólo piensa en el egoísmo de clase y en el privilegio de clase, sin cuidarse para nada de que al lado de *su* realidad de clase burguesa hay otra realidad con muchas espinas para el proletariado, afortunadamente, repito, en estos desiertos que tienen por nombre civilización y sociedad burguesa, nos topamos nosotros, despreciados soñadores, con algún que otro oasis que conforta nuestros momentáneos desalientos de inactuales que no pueden ni quieren dejarse absorber por la mezquina realidad del presente, oasis cuyo frescor vigoriza, no ya nuestra esperanza en un porvenir mejor, sino nuestra profunda convicción de que el sobado cliché de la turbamulta sabionda es una tontería y de que estamos en lo cierto y seguro cuando afirmamos que los hombres podrían vivir libres si no estuvieren, como hoy, educados para esclavos de la propia y agena posesión individual de las cosas materiales.

Los mismos que nos repiten que «la propiedad común mataría todas las iniciativas y, por consiguiente, todo el progreso, y que el anarquismo es un absurdo»,—*Diluvio*, 6 Julio de 1909—*no quieren ver* que esta brutal realidad presente tiene que hacer, para perdurar, muchas concesiones, es decir, adaptarse á la despreciada utopía, á esta utopía que la obliga á reformarse constantemente y acabará por transformarla sustancialmente. Las clases burguesas de Inglaterra y de Francia especialmente podrían decirnos algo sobre el valor creciente de esta *quimera* popular cuando crispa los puños disgustada de la realidad.

¡La propiedad común anuladora de todo progreso!

«Nada más infame—ha escrito el publicista burgués Eugenio Simón en *La cité française*—que este derecho de propiedad privada: mata el hombre, más que matarlo, lo desmoraliza y degrada. Con el se explica una parte de los hechos que tanto me llamaron la atención cuando llegué á Francia, estas soledades inmensas, esta escasez de población, etc. Así se explican estos ejércitos permanentes, estos presidios, estas cárceles; como la injusticia no puede ser consagrada sino por la arbitrariedad, se crean otras injusticias. Así se explican en fin esta miseria del mayor número, el abandono de la debilidad, es decir, de la mujer, del niño y del viejo.»

No es la ironía anarquista quien fulmina el anatema contra la realidad burguesa. Es un maestro de esta turbamulta de sabiondos burgueses quien habla, dándoles en los nudillos. Son vientos frescos y puros de estos raros oasis del arenal burgués, oasis que dejan entrever que la verdad está en la utopía comunista anarquista. Ni el tiempo, ni la distancia, ni el pasado, dicen nada en contra de la realidad del mañana que la utopía prepara.

¡Absurdo el anarquismo!

«Desconfiad de las tutelas extrañas, de las protecciones y máscaras filantrópicas. Todo redentor que no seais vosotros mismos, os costará caro. «Sólo es digno de la libertad y de la vida el que cada día sabe conquistarlas», ha dicho el poeta. No es lo peor que no sea digno de ellas quien no las conquista por su propio y constante esfuerzo, *sino que jamás llegará á obtenerlas de otro modo*. La vida prestada, no es vida; y aún en lo que tiene apariencia de vida, su precio es la libertad.»—RAFAEL ALTAMIRA, *España en América*, p. 170.

Digámoslo sin rodeos. La propiedad común no es posible porque *no quieren* que sea posible los propietarios y capitalistas actuales. El anarquismo es un absurdo porque ni su posibilidad quieren la turbamulta de aspirantes á gobernante ó á puntales de la autoridad.

No quieren que sea, porque en ellos es más fuerte el antisocial *yo* del individualismo burgués que busca su salvación á expensas del prójimo que el social yo del individualismo de los comunistas que cimentan la salvación en el principio de solidaridad traducido por el *todos* para uno y uno para todos; es más fuerte el privilegiado *interés de clase* que el *interés general;* es más fuerte el *atavismo* que el *futurismo;* es más fuerte, en suma, la *hipocresía* de los egoístas que la *sinceridad* de los contados escritores burgueses que coinciden algunas veces en el modo de pensar socialista y anarquista.

Esta compleja realidad presente se cambiaría en poco tiempo si los astutos y rapaces empeñados en perpetuar la actual injusticia *quisieren actuar otra realidad* diferente de la que actúan con sus egoísmos é hipocresías.

Demuéstresenos que la realidad que aplasta al proletariado procede de una voluntad divina ó de esta Naturaleza divinizada por la religiosidad y no de las minorías humanas que la han forjado, y depondremos nuestras esperanzas y convicciones ante este supuesto invencible fatalismo que invoca el egoísmo de clase; pero mientras veamos que este egoísmo de clase no tiene ni siquiera el valor de afirmarse tal como practica, disfrazando de progresismo y de humanitarismo la perpetuación del presente estado de cosas, tenemos el derecho de dudar de la buena fe de estos señores que tienen la ridícula pretensión de dirigir siempre el mundo por los carriles del privilegio que les alquila la inteligencia.

Los hombres han actuado—y hasta diré que conviven en la humanidad—varios sistemas sociales, *cambiando la realidad social* tantas veces como han tenido por conveniente, puesto que es producido de la voluntad humana. Esto es lo que nos enseña la historia, digan lo que quieran los que no ven más porvenir que una continuación de este presente que les anubla la vista. De los hombres depende cambiar este presente egoista y bárbaro, puro estado de fuerza y no de derecho, por otro más justo y armónico en que no predominen la mala fe y el sofisma de la majadería con careta de sabio.

El mundo marcha, á pesar de todos los pesares, y así como hoy se hacen concesiones habilidosas á la utopía, mañana esta utopía triunfará de este «derecho burgués» que no merece los honores del respeto y de la tolerancia porque no está cimentado en la justicia, en la igualdad y en la libertad de todos los hombres. Para obtener este triunfo no queda, desgraciadamente, otro recurso que emplear nuevamente la fuerza contra este *estado de fuerza actual* al que la truhanería intelectual ha dado el nombre de civilización y de derecho.

JOSÉ PRAT.

Traducimos de *La Guerre Sociale*.

Le Passage á tabac

(La carrera de baquetas):

El remedio.

«Hace tres semanas que los detenidos políticos de la Santé denunciaron al Jefe de Policía, en carta que se hizo pública, los actos abominables de maltratos recibidos, de que fueron víctima algunos de nuestros compañeros Tres semanas durante las cuales muchos periódicos, *La Humanité, L'Action, Le Rappel, L'Action Française, L'Autorité, La Gazette de France*, etcétera, han unido su protesta á la de los prisioneros. El Jefe de Policía aún no ha hablado. No puede decirse más claramente á los agentes: «*Han hecho bien. Continúen!*»

Pero que el Jefe de Policía tenga cuidado. A fuerza de provocar se acaba por producir en los más moderados la idea de las represalias; buena prueba de ello es la magistral lección que el otro día infligieron los campesinos de Saint-Denis á los polizontes de dicha ciudad, y bien puede ocurrir que el ejemplo sea seguido por otros. La idea de hacer cesar el *passage á tabac* por estos métodos de acción directa, está sobre el tapete.

Ya ha habido obreros dispuestos á contestar á la violencia con la violencia.

Los campesinos, habiendo sido bárbaramente maltratados, después de los disturbios ocurridos con ocasión de la tentativa de huelga general, sus compañeros se concertaron y reunieron en grupos sólidamente armados é hicieron un divertido pasa-calle, durante el cual, devolvieron á 35 agentes los golpes que sus compañeros habían recibido.

¡He aquí el remedio!

¡He aquí el verdadero método!

Cuando se trata con bárbaros, la mansedumbre es una cobardía. La ley del talión tiene su razón de ser: Ojo por ojo; diente por diente.

Apliquese á la policía y vereis sus beneficiosos efectos.

Para esto no hay necesidad de alinearse en pleno día con fuerzas de policías armados hasta los dientes y siempre prestas á ser secundadas por la tropa.

La venganza es un manjar que se come frío.

Nada más facil que arreglar las cuentas á los policías que pasean tranquilamente, de dos en dos, durante la noche, en nuestras calles.

Se gritará ¡Indignidad! Dejar gritar, más vale oir estos gritos que los de las víctimas destrozadas en los cuartelillos de la policía.

Es una vergüenza para los revolucionarios de París (y de todas partes) haber dejado tomar tan gran incremento á los brutos.

Un compañero italiano, creo fué el hijo de Merlini, propuso un día responder á los fusilamientos con la muerte aislada de los oficiales.

Si cada obrero que cae muerto en la calle durante una huelga se pagase con la vida de un oficial, decía aquél, los jefes lo pensarían dos veces antes de dar la orden de tirar sobre el pueblo.

Asimismo, si los agentes que se permiten maltratar á las personas que se hallan en calidad de detenidos, estuvieran seguros que sus brutalidades les serían devueltas con usura, se volverían mansos como corderos.

Los compañeros de Saint-Denis han inaugurado un excelente método: que se generalice y pronto veremos desaparecer de nuestras costumbres esta vergüenza, esta infamia, este crimen que se llama «*le passage á tabac*».

Recordais la noticia llegada de Rusia hace dos años y publicada entonces por todos nuestros grandes rotativos? Se anunciaba la dimisión en masa de policías. La policía del *Petit Père* habiéndose declarado culpable de malos tratos, infligidos á las revolucionarios que detenía, éstos respondieron con ejecuciones tan numerosas y tan violentas, que produciendo un verdadero enloquecimiento de terror entre el detritus policíaco, las dimisiones afluían á la jefatura.

Acaso vamos á presenciar el mismo espectáculo en Francia? Alegrémonos de ver que los acontecimientos parecen tomar el mismo camino.

El lunes último el ciudadano Dherbécourt interpeló al Prefecto de Policía á propósito del *passage á tabac* y de las brutalidades cometidas en el cementerio del Père-Lachaise. Lepine ha respondido que los policías eran un modelo de dulzura; que el *passage á tabac* es un mito inventado por los revolucionarios y que cuando hay disturbios siempre son los manifestantes los que comienzan. En fin, Lepine ha terminado dejando entender que, siendo insuficiente la policía desde que las huelgas se multiplican, reclamará en breve el aumento de su personal de agentes.

Todo el consejo municipal, excepción hecha de los socialistas revolucionarios y algunos de la derecha han aprobado la conducta del Prefecto.

¡Y pensar que aún se encontrarán burgueses capaces de indignarse si al siguiente día de un *passage á tabac* algunos polizontes son víctimas de las iras populares!»

El escrito que antecede, hecho en Francia,